

tría. ¿Era esto pedir mucho? Ciertamente que no, y aún hay que confesar que se contentaban con nada, pues que, ¿caso Napoleón no había reconocido la independencia de las repúblicas italianas que desaparecieron todas en un día?

Que los polacos tenían razón en ser prudentes por otros hechos, resulta notorio. Cuando Napoleón hizo la paz con Pablo I, como consecuencia de ella, y sin recordar las promesas que había hecho a Dombrowski y a sus compatriotas que ya sabemos como se batieron en Italia, no sólo persiguió y prohibió los libros que los polacos emigrados escribían en París en favor de su independencia, sino que llegó hasta a la infamia de convenir en entregar a los emigrados polacos a cambio de los emigrados franceses refugiados en Rusia.

Kosciwsko, pues, que vivía en París hacía mucho tiempo, y que estaba convencido de todo lo que podía esperar su patria de Napoleón, respondió a éste que no le podía ofrecer su espada sin previas seguridades y condiciones relativas a la independencia de su patria. La nobleza de Posen y de Varsovia adoptó la misma línea de conducta en medio de sus protectores. Davout escribía de Varsovia con fecha de 1.º de Diciembre de 1806 a Napoleón: «El espíritu público es excelente en Varsovia, pero los grandes se sirven de su influencia para calmar el ardor que es general en las clases medias. La incertidumbre del porvenir les espanta, y dejan entender de una manera bastante clara que no se declararán abiertamente hasta tanto que se haya declarado la independencia de su patria y se haya adquirido el compromiso tácito de sostenerla.» Y esta carta ó despacho aparecía en el *Moniteur* del 19 de Diciembre de 1806. Murat que soñaba con ser rey de Polonia lo que hubiera cuadrado a su carácter caballeresco é irreflexivo, instaba una y otra vez a Napoleón para que declarase a Polonia independiente, esto en los mismos días en que Napoleón era recibido en Posen con arcos de triunfo dedicados «al libertador de Polonia,» y cuando Napoleón le preguntaba a Austria si caso de temer por sus provincias polacas quería cambiarlas con una parte de la Silesia prusiana. Sin embargo, Napoleón continuaba indeciso, esto es lo mejor que puede decirse en abono de un hombre que no quería tal vez más que explotar a un pueblo generoso y entusiasta para ahorrar la sangre de sus soldados, lo más exacto tal vez sería decir que estaba resuelto a no comprometerse en una guerra interminable con Rusia por la resurrección de Polonia. Sino, ¿qué significa aquel «Dios sólo sabe si Polonia saldrá de

su tumba,» en uno de sus famosos boletines encargado de hacer público en Europa el entusiasmo de los polacos por su patria?

Que todo esto no es hipotético lo prueba la contestación que el día 2 de Diciembre dió a Murat que le escribía que la nobleza polaca pedía garantías para declararse. Decíale Napoleón que no era él quien debía dar el primer paso, y en esto podemos darle la razón. Pero en esta carta misma se dice: «Que muestren su firme resolución en hacerse independientes que se obliguen a sostener al rey que yo les daré y entonces yo veré lo que hay que hacer.» ¿Por qué Napoleón rehusaba comprometerse a nada ni aún por medio de su cuñado Murat a quien tantas veces había dejado y había de dejar en la estacada?

Napoleón por otra parte no esperaba ser objeto de desconfianza. Lo era ya de todo el mundo, incluso de los suyos y aún no se había apercibido de ello. Por esto, contando con que Kosciwsko había de correr llevado de la vanidad a su lado, se permitió enviar al *Moniteur* una proclama a los polacos en nombre del gran patriota que éste no quiso tolerar é hizo desmentir. La ira y el despecho de Napoleón fueron incalculables; ¿pero no dice esto bastante para acreditar la prudencia de los que no querían entregar a su patria a la venganza de sus enemigos tradicionales, sólo para servir la ambición de Napoleón? Si tan de barato daba éste la más alta representación de Polonia, ¿qué podía esta representación esperar en punto a consideración y respeto del hombre que sin escrúpulo alguno, y sin consultarle le tomaba su palabra y su firma?

Bien se comprende que no podía haber unanimidad de conducta en el campo polaco. Los que habían sido generales de la república y luego lo fueron del imperio, los que estaban dispuestos a continuar siéndolo si la restauración de su patria era imposible, éstos no podían estar conformes con Kosciwsko. Al lado de éstos había un tercer partido, el partido ruso capitaneado por Czastoryski que continuaba esperando de la buena voluntad de Alejandro I, de quien sabemos que era uno de sus más atendidos consejeros, la resurrección de su patria, ó su regeneración como entonces se decía. Eran éstos ¿traidores a su patria? Oigamos a uno de ellos, a Miguel Oginski, retratar la situación que analizamos.

Decíale al emperador Alejandro, en 1811, al explicar su situación: «Para restablecer un país independiente, sería necesario suponer en Napoleón esos sentimientos liberales, ese carácter de moderación, de desinterés, y de generosidad, que no es en

modo alguno compatible con la avidez del conquistador, con la necesidad de debilitar, de dividir, de destruir todos los Estados de Europa, con su indiferencia por la felicidad y tranquilidad de los pueblos... Y como presumir que ese favorito de la fortuna, que se cree el enviado de Dios destinado a arreglar los negocios del mundo entero, que este hombre emprendedor que ha destruido tantos tronos, que ha elevado algunos para escabeles de su grandeza, que ha cambiado de proyectos con la misma facilidad que los ha concebido, que jamás se ha ocupado del bienestar de los hombres y de quienes no hace caso si no le ofrecen sus brazos para realizar sus designios, como, repito, presumir que este hombre extraordinario, insensible a la desgraciada suerte de Europa que ha llevado de arriba abajo, sea tan sólo sensible por la triste posición de los poloneses, y que quiera restablecer su patria asegurándole un gobierno libre é independiente? ¡El pasado, pues, se levantaba contra Napoleón para acusarle! ¿Napoleón con su conducta a quién dió razón?

¿Qué hubiera sucedido si todos los polacos hubiesen seguido el ejemplo del grupo ó partido representado por los generales polacos de Napoleón? ¿Hubiera impedido su unanimidad el tratado de Tilsit? ¿El hombre que levantó el Veneto contra su gobierno señorial para entregarlo a Austria después de haberle hecho entrever el gobierno democrático, hubiera vacilado en entregar a Varsovia a Alejandro I en cambio de sus abrazos y de su amistad? Dejémoslos ya de razonar y que hablen los hechos con su elocuencia.

Napoleón se disponía a abrir esta vez la campaña contra Rusia con unos 300.000 hombres. Para prevenir todas las contingencias, aquellos campamentos del Rin, en donde la juventud francesa que el servil Senado francés continuaba sacrificando por adelantado a Napoleón, aprendía el manejo de las armas, se trasladaron al Elba. La caballería francesa se remontó en los parques de Prusia, y la monarquía prusiana fué la encargada de sostener más ó menos por completo los 400 ó 500.000 hombres que Napoleón tenía amontonados para lanzarse a Rusia. Cien mil extranjeros contaba Napoleón en las filas de su ejército ahora, resultado de los contingentes de Italia, Suiza, Holanda, Wurtemberg, Baviera, Hesse, Sajonia y Polonia. Que la presencia de todos esos elementos disparatados era perjudicial a la unidad de acción y de pensamiento, es incuestionable. Pero Napoleón quería siempre sustituir en todas partes su pensamiento al pensamiento de los demás, y por

consiguiente el ejército podía ser acéfalo, una máquina. ¿Acaso una máquina no se mueve con más facilidad que un hombre?

La fuerza, pues, de las cosas llevaba a Napoleón a destruir por sí mismo el instrumento de su grandeza. El día en que haya matado en el ejército por entero el espíritu liberal que le había dado su fuerza indestructible, el día en que su ejército no sea más que el ejército de un hombre, de Napoleón, del emperador, este día el gran capitán dejará de serlo, y el ejército invencible estará a merced de los reclutas de toda Europa. Esto no es una frase retórica, él mismo escribe a Fouché, el 20 de Febrero de 1807, que los regimientos suizos para presentar completo su contingente alistan prusianos. Y, sin embargo, a Napoleón sólo se le ocurre decir en dicha carta que «su extraordinaria política dará por resultado que sean sus enemigos quienes guarden la Francia.»

Pero no le bastaba a Napoleón arrastrar a todos los pueblos sumisos contra Rusia, dióla también en querer llevarnos a nosotros, y Talleyrand hubo de presentar su petición a Carlos IV. Quince mil hombres destinados a guardar Hamburg y las ciudades anseáticas fueron reclamados, — 15 de Diciembre de 1806, — y este contingente se puso a sus órdenes sin dificultad creyendo así escapar a los que se prevenían por el arranque del príncipe de la Paz que antes de Jena aburrido del despotismo napoleónico había llamado a las armas el ejército español contra un enemigo que no se atrevió a nombrar. La batalla de Jena calmó su belicoso ardor; de modo que es muy posible que Napoleón al pedirnos el menguado cuerpo de ejército citado lo que se propuso fué saber si en realidad dejaba a sus espaldas un enemigo ó un aliado.

Napoleón, pues, iba a entrar en campaña contra Rusia sin un grande aliado. Austria había rechazado todos sus ofrecimientos y esto era en verdad motivo más que sobrado para recelar de ella cualquiera que fuera su estado de abatimiento. Por esto amasó en el Friul 75.000 hombres que se daban la mano con el cuerpo del general Marmont que ocupaba la Dalmacia, fuerzas más que suficientes para imponerse a todas las veleidades de Austria, pudiendo estas fuerzas, en caso de necesidad y con sólo algunas marchas, ponerse en el valle del Danubio.

Sin embargo, la diplomacia francesa había conseguido hacerse un aliado de la Sublime Puerta. El sultán Selim olvidó la intentona sobre Egipto y Asia Menor, se dejó convencer de que todo aquello no había tenido más objeto que castigar a los ingle-

ses, y después se dejó alucinar por el brillo de la gloria militar de Napoleón creyendo que éste daría de Rusia la misma buena cuenta que de Austria y Prusia. Luégo, ¿no era el ruso el enemigo tradicional?

¿Y podía ofrecérsele á Selim mejor ocasión para vengarse de Rusia que la que le daba el ser atacada por el invencible Napoleón? ¿Napoleón no le garantizaba además la integridad del imperio otomano?



Retirada del almirante inglés Duckworth



Alma de todas las negociaciones fué el activo é inteligente general Sebastiani quién, á pesar de saber que Napoleón negociaba la paz con Rusia, instaba á Selim para que reemplazase á los hospadares de Valaquia y de Moldavia que sólo se podían nombrar de acuerdo con el tsar, y esto acabó por

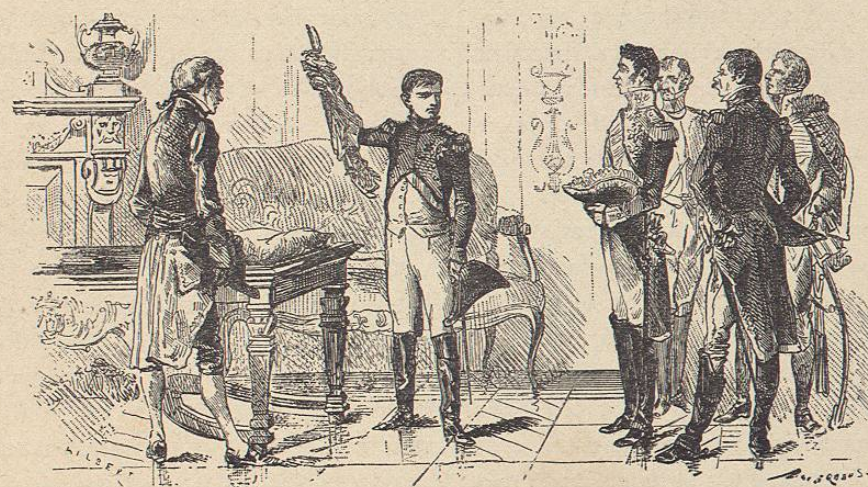
conseguirlo antes de saberse la desdénosa y digna acogida que Alejandro I había hecho á las condiciones de la paz concertada entre Napoleón y Oubril. De modo que, de haberse hecho la paz, era la Turquía la que quedaba en descubierto y á merced de la irritada Rusia á la que no hubiera de seguro

detenido Napoleón si hubiere restablecido sus hospadares enviando su ejército al Danubio. De modo que Napoleón trataba á todos los que tenían la debilidad de acercarse á él de instrumentos para su gloria y prosperidad, que se tiran cuando ya no sirven.

Poco después de haberse reemplazado á los dichos hospadares,—30 de Agosto de 1806,—supo Sebastiani que se había negado Alejandro á ratificar el tratado de Oubril. La guerra, pues, era eminente y urgía llevar el ejército turco á la frontera de la Besarabia. Selim prohibió á los buques rusos la entrada en el Bósforo pero ya no se atrevió á pasar ade-

lante. Las escuadras inglesas le impusieron una actitud más moderada. Inglaterra exigió el restablecimiento de los destituidos hospadares y Selim consintió. De modo que Rusia de no dejarse llevar de su eterna enemiga contra Turquía no hubiera tenido que preocuparse de los turcos y hubiera podido concentrar todas sus fuerzas contra Napoleón, pero Alejandro se arrebató y cuando precisamente se le daba satisfacción entraban sus tropas á las órdenes del general Michelson en los principados quedando así declarada una guerra turco-rusa que se hubiera evitado.

«Napoleón, dice Lanfrey, vió lleno de alegría la



Entérase Napoleón de la negativa de Kosciwsko

diversión que tanto iba á servir sus planes. «Tened confianza, escribió á Selim el 11 de Noviembre. Los destinos han prometido la duración de vuestro imperio; yo tengo misión de salvarle, y pongo en común con vos mis victorias.» En 1.º de Diciembre le renovaba sus anteriores seguridades en los términos más lisonjeros y encargaba á Sebastiani que firmase con el sultán un tratado de alianza ofensiva y defensiva «por el cual garantizaba á la Puerta la integridad de sus provincias de Moldavia, Valaquia y Servia; y se comprometía á no hacer la paz con Rusia sino de concierto con ella.» Como para dar á sus compromisos un carácter aún más irrevocable, los registró en sus boletines y mensajes en el Senado, haciendo resaltar con un cuidado particular la vergüenza que para Francia resultaría de abandonar á Turquía por los peligros que de ello resultarían para «la Europa civilizada.» En uno de sus manifiestos dirigidos al Senado, le decía: «La tiara griega restaurada y triunfante desde el Báltico al Mediterráneo, daría por resultado que viéramos en

nuestros mismos días atacadas nuestras provincias por una nube de fanáticos y de bárbaros. Nuestra culpable indiferencia excitaría justamente las quejas de la posteridad y sería un título de oprobio en la historia.»—20 de Enero de 1807.—Pronto se había de ver el caso que hacía de esta reprobación de la historia y de la posteridad.

Al abrirse la campaña, Rusia no podía presentar en el Vístula más allá de 120.000 hombres. Prusia no pudo darle más que los 20.000 hombres que Lestocq pudo salvar y que estaban escalonados de Dantzic á Thorn observando dicho río; Bennigsen tenía concentrados en los alrededores de Varsovia 60.000 hombres, á quien se dirigía á reforzar á marchas forzadas Buxhoevden con cuarenta mil hombres. El mando de todas estas fuerzas se confió al octogenario Kamenski.

El ejército francés avanzaba por Polonia y el 4 de Noviembre Davout ocupaba á Posen. Amenazaban el Vístula á la vez cuatro cuerpos de ejército mandados por Davout, Lannes, Augereau y Murat

